

Reacción del jefe del Estado ▶ Los precedentes

Páginas 2 a 5 <<<

El perdón, un bien escaso

Británicos y suecos son los únicos que han escuchado tímidas disculpas de sus reyes

JOSE RICO
BARCELONA

Las monarquías europeas practican muy poco el sacramento del perdón, y no siempre es que falten oportunidades para la penitencia. Es imposible hallar en la hemeroteca arrepentimientos tan contundentes como el que manifestó ayer Juan Carlos. Solo dos de sus homólogos han solicitado clemencia en el pasado a sus conciudadanos por obras u omisiones controvertidas, pero con palabras tan milimétricamente calculadas que requerían de un esfuerzo de interpretación para detectar la disculpa.

El *annus horribilis* de Isabel de Inglaterra no fue 1992, como ella confesó, sino 1997, cuando se enfrentó a la furia del pueblo por su fría reacción a la muerte de Diana de Gales. Enclaustrada en su residencia de Balmoral y sin permitir que una bandera a media asta presidiese el palacio de Buckingham, Isabel padeció una ira tan insólita como la alocución que tuvo que leer ante las cámaras para aplacarla. Solo entre líneas se oteó el propósito de enmienda: «**Por una vez, creo que hay lecciones a extraer de la vida de Diana y de la extraordinaria**

reacción por su muerte».

Más claro se expresó Carlos Gustavo de Suecia en el 2010, cuando una biografía no autorizada reveló su afición por frecuentar locales de alterne en los que eran frecuentes las orgías, lo que abrió el debate sobre una posible infidelidad. Le costó rectificar, hasta intentó justificarse, pero acabó reconociendo que el escándalo había «**perjudicado claramente**» su credibilidad y también «**a Suecia**», y se disculpó: «**Lo lamento de verdad**».

«**Pasado inconveniente**»

Hasta aquí la lista de reyes arrepentidos, aunque algún miembro regio acumula ya más de una disculpa, como la princesa Mette-Marit de Noruega. El perdón fue el precio que tuvo que pagar para reconciliarse con quienes le reprochaban que, en su juventud, flirtease con las drogas y se quedase embarazada de su hijo Marius, cuyo padre estuvo en la cárcel por tráfico de drogas. En vísperas de la boda real, compareció para abominar de su «**pasado inconveniente**», su vida «**disoluta**» y su «**comportamiento salvaje**» en el terreno sexual. ≡

anteriores arrepentimientos

Isabel de Inglaterra

«Comparto vuestra determinación de velar por la memoria de la princesa Diana»



5/9/1997

Fue muy criticada por la frialdad mostrada tras la muerte en accidente de Lady Di

Carlos Gustavo de Suecia

«He perjudicado mi credibilidad y a Suecia. Lo lamento de verdad»



4/11/2010

Una biografía no autorizada revelaba juergas y orgías en clubs de alterne

Mette-Marit de Noruega

«Viví de manera disoluta y traspasé todos los límites. Estoy arrepentida»



22/8/2001

Frecuentó ambientes de drogadicción y tuvo un hijo con un narcotraficante

Las disculpas del Rey han sido sus primeras palabras en público tras el bochorno. Pero más importantes serán sus primeros actos. El reconocimiento de su falta de sensibilidad («lo siento mucho») y la admisión del error («me he equivocado») deben dar paso –urgentemente– al cambio y a la rectificación («...y no volverá a ocurrir»). El Rey y la Corona se enfrentan a un complicado proceso de regeneración personal e institucional, si quieren estar en condiciones de ofrecer un nuevo pacto de legitimidad de Estado con la sociedad española. Las palabras deben abrir paso a los hechos.

Una sociedad que se avergüenza del jefe del Estado no aceptará –resignada y pasivamente– que los cambios inaplazables sean meramente cosméticos. No se trata de un problema de imagen o de relaciones públicas. Se trata de una profunda reflexión sobre cómo la Monarquía va a encontrar los resortes para restablecer la conectividad con la sociedad más allá de un posible relevo. Se equivocarán si piensan que simplemente se trata de sustituir a una persona por otra. De lo que se trataría es de cambiar una monarquía por otra

Análisis

Antoni Gutiérrez-Rubí
ASESOR DE COMUNICACIÓN



Palabras y hechos

La disculpa del Rey debe transformarse en una estrategia y unos cambios hacia una segunda transición personal e institucional

monarquía. Solo así pueden tener la mínima opción para volver a estar en condiciones de ofrecer un nuevo capital político e institucional.

Los cambios a abordar, en una primera etapa, afectarían –bajo mi punto de vista– a cuatro áreas básicas: transparencia, rendición de cuentas, contención y democratización.

Transparencia. Los viajes privados del jefe del Estado, sean o no sufragados por el erario público, deben ser comunicados de forma oficial, detallados y justificados al Gobierno, al Parlamento y a la opinión pública. El debate no es sobre la privacidad de la vida del Monarca, sino sobre la ejemplaridad e idoneidad de su comportamiento en su globalidad: personal, relacional e institucional. El

fariseísmo que toleraría determinadas actividades por el hecho de que estas sean privadas nos ha llevado directamente a la cacería en África.

Rendición de cuentas. La Casa Real no puede quedar excluida de la ley de transparencia con el débil argumento de que «no es una Administración pública», como afirmaba la vicepresidenta y portavoz del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría. El proceso parlamentario debe corregir, ineludiblemente, esta omisión. La Casa Real... ¡claro que es pública, aunque no sea estrictamente Administración! La Zarzuela debería pedir, a iniciativa propia, la supresión de todo tipo de privilegios en relación a cualquier otro servidor del Estado.

Contención. Es necesaria una reducción del presupuesto de la Corona y de sus estructuras. Y aunque en términos comparativos la Monarquía española sea más barata que las otras casas reales europeas, de lo que se trata no es de que sea la más barata sino la mejor. Abanderando un nuevo concepto de monarquía. La familia real debería adaptar su estilo de vida no solo a causa de la grave cri-

sis financiera que afecta al país y a sus ciudadanos, sino como un nuevo modelo ejemplificador, más modesto y funcional. Menos papel cuché y más papel social.

Democratización. La Monarquía hereditaria es, en sí misma, una institución no democrática pero que puede prestar servicios (y grandes servicios) a las democracias. Pero para ello necesita asumir la praxis, la cultura y el estilo del republicanismo cívico. Es la única vía. Eso significa despojarse de privilegios y condescendencias propias de un mundo de súbditos en lugar de ciudadanos.

Acostumbrarse a las críticas, al debate y al cuestionamiento de su rol en la sociedad, volviendo a recuperar el concepto de servicio público, abriendo sus prácticas a nuevas actividades más cívicas y menos regias es todo un reto para la Casa Real y todos sus miembros, en especial para el Monarca y su sucesor. Las primeras palabras del Rey son un gesto, sí, que hay que transformar en estrategia y en una agenda de cambios que le permitan, 30 años después, una segunda transición personal e institucional. ≡